

mo lo preparaba á las cinco de la mañana, hora en que se levantaba de su catre-cofre de campaña, que con un colchón de cuatro dedos de grueso, apenas levantaba una cuarta del suelo.

En cuanto á licores, su cuenta nos dice, que al instalar su casa militar, compró un barril de vino de Penco en once pesos y gastó dos reales en ponerle una canilla. Meses después, se hace mención de una pipa ó barrica, que sin duda fué regalada, pues no figura en las compras. Al fin se viene en conocimiento que era un barril, según lo revela una partida que se lee á continuación y dice así: «Por nueve reales en seis docenas de corchos para las botellas».

Por lo que respecta al ron, de que se ha dicho que San Martín abusaba, tal artículo no figura sino una vez en su cuenta, y esto por incidente, con motivo de apuntar tres pesos gastados en una cuarterola de aguardiente común. Del general Grant se dijo otro tanto, después de la toma de Vicksburg, y el presidente Lincoln, contestó á los que le acusaban de beodo: «Traedme un poco de ese whiskey que toma Grant, para repartirlo á algunos de los generales de la Unión, que bien les vendrá». ¡Quién nos diera hoy el ron en que San Martín bebía la embriaguez sagrada de la victoria!

La verdad es que el general era de un estómago débil, que apenas podía soportar el alimento; y que guardaba abstinencia por necesidad, usando de los licores con suma moderación. Lo que más bebía era agua mineral, que hacía traer de un paraje inmediato á Santiago, que llaman Apoquindo, abonando «doce reales» al mes al mozo que la conducía.

Su gran vicio era el abuso del opio, que usaba en forma de morfina como medicamentación ordinaria, para calmar sus dolores neurálgicos y reumáticos, á fin de conciliar el sueño. Por eso se ve en su cuenta figurar una partida de treinta y siete pesos para renovar el botiquín.

Su pequeño vicio era el uso del cigarro. En siete meses redujo á cenizas tres mazos de tabaco colorado, dos pe-

sos de tabaco negro y tres de cigarrillos, lo que suma veintitrés pesos cuatro reales, ó sea más de un real y cuartillo diario en humo, para inocente solaz, del que, en Chacabuco y Maipo, envolvió la bandera argentina con el humo inflamado que despidieron sus cañones.

Así como economizaba la pólvora y cuidaba de sus cartuchos, él mismo picaba su tabaco, y la tabla y el cuchillo con que lo hacía se conservan aún como un recuerdo de sus austeras costumbres.

Aquí termina la cuenta del vencedor de Chacabuco, digna de figurar al lado de la de Wáshington, porque son los gastos modestos de un grande hombre en medio de un gran triunfo, que hoy tal vez no satisfarían al vencedor de una guerrilla.

Realza el mérito del héroe argentino, que Wáshington era rico y San Martín pobre; que el primero hizo la guerra en el territorio de su país, y el otro fué un verdadero conquistador; que el uno tenía que rendir cuentas á un Congreso, y San Martín únicamente á sí mismo.

Ambos tenían en su propia conciencia un constante centinela de vista.

7

En el transcurso de estos siete meses que hemos anotado con cifras, hizo San Martín un viaje á Buenos Aires, con el objeto de concertar la expedición á Lima. El gasto más considerable que con tal motivo hizo, creemos que fué una mula de paso para pasar la Cordillera.

El Cabildo de Santiago puso á su disposición la cantidad de diez mil pesos en onzas de oro, rogándole los emplease en gastos de viaje. El general contestó aceptando el regalo, pero destinándolo á la formación de una biblioteca pública en Chile, diciéndole: «La ilustración es la llave que abre las puertas de la abundancia». Y pudo agregar, «la economía de los dineros públicos, la que las asegura».

Fué en aquella ocasión, que el Gobierno argentino decretó una pensión de cincuenta pesos á favor de la hija de

San Martín, con la cual pudo más adelante ayudar á su educación.

De regreso á Chile, fué sorprendido en Cancharrayada. El bravo Las Heras se le presentó á los pocos días con el uniforme hecho pedazos, trayéndole la tercera parte del ejército salvado por él en aquella noche infausta. El general dió orden que se le entregase la mejor casaca de su guardarropa:—¡su mejor casaca estaba remendada!

Después de Maipo, su segundo, el general don José Antonio Balcarce, asistió al «Tedéum» que se celebró en acción de gracias, con una camisa que le prestó un amigo. ¡Grandes tiempos aquéllos, en que los generales victoriosos no tenían ni camisa!

En recompensa de sus grandes servicios, el Congreso de las Provincias Unidas le votó en 1819, una casa para él y sus sucesores, adjudicándole una situada en la plaza de la Victoria que se compró á la testamentaria de la familia Duval, y que después ha sido conocida con el nombre de Riglos.

La República de Chile le regaló una chacra, como muestra de su gratitud.

En Mendoza tenía una pequeña casa en la Alameda y una quinta en sus alrededores, compradas con sus escasos ahorros de soldado.

Tal era la fortuna territorial del vencedor de San Lorenzo, de los Andes, de Chacabuco y Maipo, al emprender su memorable expedición del Bajo Perú.

Sigámosle al imperio de los Incas, veámosle más poderoso que Pizarro, y pudiendo disponer de más oro que el que pesaron en sus balanzas los conquistadores del templo del Sol.

En el Perú, vivió con más fausto que en Chile: distribuyó medio millón de premios entre los jefes de sus ejércitos; contentándose él con recamar de oro su uniforme,

con el objeto de deslumbrar á la aristocracia de aquella corte colonial, que él consideraba poderosa en la opinión.

Declarado protector del Perú, se hizo decretar un sueldo de treinta mil pesos anuales, lo que en su tiempo fué muy criticado, y con razón, pues aun cuando fuese menor que el que gozan sus actuales presidentes, entonces el dinero valía más y era más necesario. Empero, él no empleó su sueldo sino en gastos de representación pública, sin poner de lado un solo real. Y es de tomarse en cuenta, que siendo árbitro absoluto de hombres y cosas, al abdicar el mando supremo, se le debían dos meses de su sueldo de protector y capitán general, según consta de la liquidación que el Perú formó más tarde.

Al abandonar para siempre en 1822 las playas del Perú, cuyos tesoros le acusaban sus enemigos haber robado, sacó por todo caudal, ciento veinte onzas de oro en su bolsillo; y por únicos espolios, el estandarte con que Pizarro esclavizó el imperio de los Incas, y la campanilla de oro con que la Inquisición de Lima reunía su tribunal para enviar sus víctimas á la hoguera.

El general San Martín llegó á Chile, triste, vomitando sangre, y fué saludado con una explosión de odio por parte del pueblo que había libertado. Contaba para subsistir en ese país, con un dinero que había confiado á un amigo, y con el producto de la venta de su chacra. Otro amigo que comprara ésta como por favor, no pudo llenar su compromiso, y tuvo que volver á recibirse de ella, sin que le produjera renta. La cantidad en depósito se había disipado, y sólo quedaban de ella «unos cuantos reales», según lo dice él mismo sin insistir más sobre este desfalco.

Postrado por la enfermedad, y lastimado por la ingratitude, pasó sesenta y seis días en cama, hospedado por amistad en una quinta de los alrededores de Santiago, á inmediaciones del fomoso llano de Maipo. Apenas convaleciente, se le presentó uno de sus antiguos compañeros pidiéndole una habilitación, creyéndole millonario, según se decía. Con tal motivo escribió con pulso trémulo y desgarradora ironía á su amigo O'Higgins, peregrino como él:

«Estoy viviendo de prestado. Es bien singular lo que me sucede, y sin duda pasará á usted lo mismo, es decir, ¡están persuadidos que hemos robado á troche y moche! ¡Ah, pícaros! ¡Si supieran nuestra situación, algo más tendrían que admirarnos!»

El Gobierno del Perú, noticioso de su indigencia, le envió dos mil pesos á cuenta de sus sueldos.

Con esta plata y algunos pequeños recursos que se allegó pudo pasar á Mendoza en 1823, donde hizo la vida pobre y obscura de un chacarero.

Trasladado en el mismo año á Buenos Aires, se le recibió como á un desertor de su bandera, y se le consideró indigno de pasar revista en el ejército argentino.

La aldea donde había nacido era un montón de ruinas, y su joven esposa había muerto en su solitario lecho nupcial.

Sólo le quedaba una hija, fruto de una unión de que apenas gozara las primicias.

Inválido de la gloria, divorciado de la patria, viudo del hogar, renegado por los pueblos por él redimidos, pisando enfermo y triste los umbrales de la vejez, el libertador de medio mundo, tomó á su hija en brazos, y se condenó silenciosamente al ostracismo.

¡Su patria le miró alejarse con indiferencia, y casi con desprecio!

9

San Martín, como Wáshington—lo han dicho otros ya,—fué un gran filósofo político, así en sus costumbres sencillas como en sus tendencias morales, que revestían el carácter del más espontáneo desinterés. La máxima que reglaba su conducta era ésta: «Serás lo que debes ser, y si no, no serás nada.» Había sido todo, no era nada, y ya no quería ser otra cosa.

En el antiguo mundo, el gran capitán dado de baja por su propia voluntad y asistente de sí mismo, recorrió á pie la Inglaterra, la Escocia, la Italia y la Holanda La ciu-

dad de Banff, en Escocia, le confirió la ciudadanía por presentación de lord Macduff, su compañero de armas en la guerra de España, y descendiente de aquel héroe de Shakespeare, que mató con sus propias armas al asesino Macbeth. Igual honor le concedió la de Canterbury, por recomendación del general Miller, su compañero de glorias en América.

Al fin fijó su residencia en Bruselas, prefiriendo este punto por su baratura. Puso á su hija en una pensión, ciñéndose él á vivir con lo estrictamente necesario en un cuarto redondo, sin permitirse subir jamás á un carruaje público, no obstante residir en los suburbios de la ciudad.

Agotados sus recursos al cabo de cinco años, se decidió á regresar á la patria en 1828. La patria le llamó cobarde al acercarse á sus playas, el día 12 de febrero de 1828, ¡precisamente en el aniversario de San Lorenzo y Chacabuco! El volvió entonces al eterno destierro, sin proferir una queja.

Al abandonar para siempre el Río de la Plata, realizó la venta de la casa donada por la Nación, la cual le produjo poco, á causa de la depreciación de papel-moneda en que fué pagada. Esta casa y cinco mil pesos abonados por el Estado para conservación de ella, según una cláusula de la donación, es todo lo que San Martín recibió de la República Argentina además de la pensión á su hija, en premio de sus históricos servicios.

Años después, en 1830 y 1831, solicitaba por dos veces una limosna del único amigo que le quedaba en América. He aquí sus angustiosas palabras: «Estoy persuadido, emplearé toda su actividad, para remitirme un socorro lo más pronto que pueda, pues mi situación, á pesar de la más rigurosa economía, se hace cada día más embarazosa.»

A la espera de este socorro pasó un año, dos años más, y en 1833 fué atacado por el cólera, juntamente con su hija, viviendo en el campo y teniendo por toda compañía una criada. Su destino, según propia declaración, era ir á morir en un hospital. Un antiguo compañero suyo en España, el banquero Aguado, famoso por sus riquezas, vi-

no en su auxilio y le salvó la vida, sacándole de la miseria. «Esta generosidad (decía el mismo San Martín en 1842) se ha extendido hasta después de su muerte, poniéndome á cubierto de la indigencia en el porvenir.»

Llególe al fin el socorro pedido á América. Su compañero y amigo, el general O'Higgins le enviaba tres mil pesos. Con este recurso, pagó las deudas contraídas en su enfermedad, aplicando el remanente á la compra de las modestas galas de novia, con que su hija debía adornarse, al unir su destino al del hijo de uno de sus viejos compañeros de fatiga. ¡Triste es pensar, en este día, que las argentinas visten los colores de la bandera que nuestro gran capitán batió triunfante desde el Plata al Chimborazo, que el primer vestido de seda que se puso su hija fué debido á una limosna! ¡Y esa limosna no fué hecha por un argentino, sino por un chileno, después que un español le hubo ofrecido el bálsamo del Samaritano!

Es el caso decir con el poeta:—«Si no lloráis ¿cuándo lloráis?»

Pero aliviemos el alma de esta congoja, elevemos los corazones, y digamos que era lógico, era necesario para honor y desagravio de la virtud, que al más grande de nuestros hombres de acción, no le faltase la grandeza de estas pruebas, que darán temple á las almas de nuestros hijos, y que valen más que los puñados de oro con que pudimos y debemos aliviar la triste ancianidad de este ladrón de los tesoros públicos, según sus calumniadores, que tuvo en perspectiva un hospital y se salvó con la limosna de dos extraños.

La limosna le fué propicia, y produjo ciento por uno como la semilla del Evangelio.

Desde entonces pudo gozar de horas más serenas, aunque herido mortalmente por la enfermedad que debía llevarle al sepulcro.

Gracias al crédito de su generoso amigo el banquero

Aguado, le fué posible adquirir por cinco mil pesos, la pequeña propiedad de Grand-Bourg á orillas del Sena, donde el grande hombre olvidado de sí mismo, veía deslizarse sus últimos días, en medio de las flores, que fueron una de sus pasiones—y en medio de nietos, esos frutos de la vejez, que coronan el árbol sin hojas en el invierno de la vida.

El Perú, que no lo había olvidado, le pagó doce mil pesos á cuenta de sus haberes atrasados desde 1823, ajustándolo á razón de medio sueldo, como general en retiro; y aun cuando á su muerte le debía por igual procedencia ciento sesenta y cuatro mil pesos, ha hecho cumplido honor á sus leyes, abonándolos á sus herederos.

Chile, que lo había borrado de su memoria, y de su historia por el espacio de veinte años, lo incorporó al fin á su ejército en 1842, declarándole el sueldo de general en perpetua actividad.

Únicamente su patria, la República Argentina, no le ofreció ¡ni el óbolo de Belisario!

Así, en medio de este apacible ocaso, consolado por estas tardías reparaciones casi póstumas, ejercitando por pasatiempo higiénico los oficios de armero y carpintero, y perturbado á veces por aberraciones de que no tenemos derecho á pedirle cuenta, se extinguió esta grande existencia en los misterios del vaso opaco de la arcilla humana.

Su organización robusta, había sido hondamente trabajada por la acción del tiempo y la actividad de las grandes pasiones concentradas.

Los dolores neurálgicos fueron el tormento de su juventud, y los reumáticos los de su edad viril, que reaccionaron al fin sobre los órganos digestivos y respiratorios.

Su muerte empezó por los ojos. La catarata, esa mortaja de la visión, como se ha llamado, empezó á tejer su tela fúnebre. Cuando su médico, el famoso oculista Sichel, le prohibió la lectura—otra de sus grandes pasiones,—su

alma se sumergió en la obscuridad de una profunda tristeza.

La muerte asestó el último golpe al centro del organismo. La aneurisma, esa perturbación de la corriente vital de la sangre en las vidas agitadas, que convierte sus últimos movimientos en prolongadas percurciones de agonía, apagó los últimos latidos de su gran corazón.

«¡Esta es la fatiga de la muerte!» dijo al expirar. ¡No! ¡Era la fatiga de la vida que últimaba su carne, al tiempo de renacer á la vida elemental de la inmortalidad!

12

En las cuentas corrientes entre los pueblos y sus grandes hombres, son siempre los pueblos los que pagan con usura el saldo que resulta en contra. Ellos con sus héroes y sus mártires anónimos, sus instintos inspiradores, sus fuerzas latentes y sus pasiones colectivas, con su generosa abnegación y su temple cívico, son los que ponen su propia substancia como capital social, que sus directores hacen valer. Y cuando llega el día del pago de las deudas, ellos son los que con mano abierta hacen honor á los empeños del tiempo, sin que pueda recordarse ejemplo (salvo no justificado) de que un solo crédito girado sobre la posteridad, haya sido protestado por ella, aun cuando sus héroes hayan caído en la batalla de la vida, legando á sus descendientes la bandera de su causa, envuelta en el polvo de la derrota.

Sea dicho en honor nuestro y en honor de San Martín, aun cuando de él puede decirse lo que de pocos, que fué el héroe de su propia historia; que sin él, nuestro capital revolucionario se habría disipado tal vez; y que nos legó, no la derrota, sino la victoria fecunda en los ámbitos de un mundo.

San Martín, es el germen de una idea grande que brota en las entrañas fecundas de nuestras tierra; es la fuerza viva de nuestras arterias, que pone en vibración los átomos inertes de un hemisferio; es la irradiación luminosa de

nuestros principios, que se propaga por todo un continente; es la acción heroica de nuestra patria que se dilata, el cometa con cauda flamígera que se desprende de la nebulosa de la nacionalidad argentina, y que después de recorrer su órbita elíptica, cuando todos lo creían perdido en los espacios, vuelve más condensado á su punto de partida al cabo de cien años.

Y sea dicho también, para honor nuestro y suyo, que al realizar la misión que en nuestro nombre le confió el destino, lo hizo para fundar naciones que glorificasen los principios de la democracia, y no para imponerles un interés egoísta, ni una personalidad ambiciosa, ni cobrar el precio de nuestros servicios.

El se llevó en su carrera excéntrica, nuestra bandera de propaganda y nuestra fuerza de dilatación continental: pero, en cambio, afirmó nuestra independencia; dió alas á nuestra revolución para trasponer las montañas y los mares; nos dió la gloria de los pueblos redentores, que rompen sus propias cadenas sin auxilio ajeno; fundó dos repúblicas bajo los auspicios de nuestras armas victoriosas desde el Polo hasta el Ecuador; nos dió la táctica, la disciplina y la estrategia con que se vence, el heroísmo con que se muere, la fortaleza con que se hace frente á la derrota; nos dió las victorias de San Lorenzo, el paso de los Andes, Chacabuco, Maipo, las acciones de Curipaligüé y Gavilán, la escuadra que dominó con Cochrane el mar Pacífico; la entrada á Lima, el combate de Pasco, la participación que nos toca en Río Bamba y Pichincha en pro de Colombia, la abdicación de Wáshington, y el ostracismo de Aníbal, que al imitar y superar su famosa hazaña, no quiso beber la copa amarga de Betinia.

¡Y á más de todo esto, nos dió al morir su corazón, como un legado de remisión y de amor, que aun yace helado en tierras extranjeras!

Y por si esto no bastase, nos ha dado de yapa los pobres ahorros con que el soldado de los Andes adquirió dos pobres propiedades en Mendoza. Vendidas éstas en cinco mil pesos cuatrocientos trece bolivianos, su producto líquido

que alcanzó á tres mil quinientos veintiocho pesos fuertes, ha sido aplicado por sus descendientes á la fundación de un Hospicio de Inválidos, inaugurado en Buenos Aires bajo los auspicios populares.

Y aquí termina el haber del gran capitán argentino, en la cuenta corriente con su patria y su posteridad.

Le dimos en vida nuestra enseña revolucionaria para combatir los principios de nuestro credo político, para hacerla invencible, nuestros soldados para triunfar, nuestro oro y nuestra sangre para gastos de la independencia de Sud América, los medios, en fin, de conquistar fama imperecedera haciendo el bien; y le dimos por toda recompensa pecuniaria, una casa, un medio sueldo durante cinco años, una pensión de cincuenta pesos para su hija, cinco mil pesos de regalo y un pasaporte gratis para marchar al destierro.

Además, hemos pronunciado en su favor después de su muerte el «fallo verdadero», á que él apeló de la injusticia de sus contemporáneos

Le hemos dado la gloria que se propaga en los tiempos por el vehículo consciente de los hombres libres, consolidando la existencia de una nación republicana, destinada á vivir y tener una misión en la tarea humana, inscribiendo así su nombre en el catálogo de los héroes cosmopolitas.

Hemos fundido la estatua en el bronce de la inmortalidad, que no puede confundirse con el metal impuro que se vacía en moldes vulgares.

Hemos rehabilitado su personalidad moral, así en el orden político y militar, como en los dominios oscuros de la conciencia individual.

Hemos reparado el olvido en vida, le hemos honrado en muerte, y confiamos á los venideros la debida reparación póstuma.

Por último, celebramos hoy su apoteosis en su primer centenario—el primero que se celebra entre nosotros—y de hoy en adelante, mientras la tierra argentina produzca hombres libres, mientras el sol de nuestra bandera no se eclipse, mientras lata en ella un solo corazón y vibre un labio que

repercuta sus generosos latidos, el nombre de San Martín continuará glorificado de siglo en siglo.

Pero aun nos queda algo más que hacer para pagar nuestra deuda histórica.

¡Todavía le debemos los siete pies de tierra de la tumba!

¡El día que repatriemos sus huesos desterrados, el día que los abracemos con amor, y con palmas en las manos los confiemos al seno de la madre fecunda que le crió, en ese día se habrá cerrado el balance de la histórica cuenta, porque sólo entonces descansarán en el blando seno de nuestra patria, los huesos quebrantados del último de sus grandes proscriptos de ultratumba!